

Comentario al evangelio del miércoles, 1 de diciembre de 2010

Queridos amigos y amigas:

Si nos vestimos de esperanza, podremos entrar al festín de manjares suculentos. Un festín de abundancia mesiánica, con el mejor aceite del consuelo y el vino generoso de la espera. Un festín que el Señor prepara para todos los pueblos. Un festín que enjuga lágrimas y pone fin a toda ignominia. Un festín con la esmerada preparación del Dios comprometido enteramente con la humanidad.

Es el banquete en el que conversarán los mudos, degustarán con la vista los ciegos, podrán levantarse los lisiados y cojos, saltando cualquier preferencia en la mesa... Porque Dios ha volcado su misericordia sobre todos. Es el banquete que desarmará nuestra mortífera duda -«¿De dónde vamos a sacar en un despoblado panes suficientes para saciar a tanta gente?»-, multiplicada por la historia de desesperanza de este mundo: ¿Acabarán alguna vez la pobreza, el hambre, las guerras, la injusticia, el dolor...? «Comieron todos hasta saciarse y recogieron las sobras: siete cestas llenas», dice el texto de Mateo de este día. La realidad pone a prueba nuestra fe en la Palabra, ciertamente... ¿Dejaremos que triunfe la triste realidad? ¿Por qué no confiarnos a la profecía de la felicidad plena para todos y a la leve insinuación de Jesús? Él no nos recrimina la vacilación nociva, en esta escena de la multiplicación de los panes. Sencillamente, sigue actuando... y se produce el milagro.

En medio de tanto llanto, de tanto sufrimiento, de tanto dolor, Dios sigue guiándonos hacia la el festín mesiánico del amor, la bondad, la justicia, la fraternidad, la alegría... Seamos ingenuos, crédulos, para neutralizar *cualquier duda de destrucción masiva*, que haría girones el *traje de la esperanza*.

Vuestro hermano,
Luis Ángel de las Heras, cmf

Luis Ángel de las Heras, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org